

# MONTENEGRO



20  
DIBUJOS  
MEXICO

**D**ESDE LOS DIAS en que Henri de Régnier saludaba la aparición de Roberto Montenegro (*peintre-poète*), viene éste cultivando amorosamente, junto a la obra del color, que —según yo me figuro y para decirlo de prisa— es la sensualidad del arte pictórico, la obra de la línea, acaso el empeño más intelectual del pintor.

La evolución de Montenegro en ambos aspectos está por estudiar aún, y seguramente significa una conquista paulatina en sinceridad y en profundidad. Su naturaleza, tan sensible, no ha podido disimular la crisis a que alguna vez lo sometió la acelerada transformación del mundo humano. Las dos colecciones de Montenegro, la de ayer y la de hoy, permiten apreciar el giro, el vuelco vertiginoso de la rueda entre dos etapas sociales. La crisis ha sido gallardamente superada y vencida —sin engañarse con ninguna tentación ajena al arte— por la lealtad al oficio, por la paciencia erudita —¡esta erudición casi inconsciente de Montenegro, siempre alerta, siempre vigilante!—, por la autenticidad de las emociones visuales.

Laborioso y predestinado al equilibrio, Roberto cruzó sus sirtes sin necesidad de exagerar recursos, con sólo una vela y sólo un remo; y hoy ha alcanzado la dichosa orilla donde ya el artista puede reposar, seguro de que se da a sí mismo, como sin esfuerzo aparente, en cada uno de sus rasgos. Y en todos, a manera de señal o sello, dos características: la limpieza y la organización, atributos de la decencia estética.

De aquí que no se haya perdido en sus dibujos cierto tono de madrigalista, ya sensible en aquellos sus primeros cartones, que aún hacían pensar en *The Yellow Book* y en la *Salomé* de Wilde-Beardsley. Ahora bien, en sus actuales creaciones, esa magia se ha condensado y robustecido: supera la voluptuosidad de superficie, irrumpe por la conciencia, muerde y empuña, obliga a meditar tanto como a sentir.

Pero ¿qué es todo ello, en el fondo, sino un progreso de la fácil amenidad hacia el dolor? Quien sólo conozca de trato a este suave caballero, con su aire de hidalgo tapatío, ¿espera acaso la quemadura que le reservan estos dibujos, espinosos y ásperos a pesar de la armonía de los trazos y la perfecta combinación de las líneas, masas, luces y sombras?

Esta intensidad, acentuada en el sentimiento, no podía menos de llevar a la zona trágica, ora sea la contemplación de las realidades nacionales, ora sea el sueño solitario y poético. De modo que, no obstante la caricia con que estos dibujos quieren engañarnos —efecto de la acabada técnica—, hay en ellos una secreta amargura, un llanto irrestañable... Hay mucho más y mejor: los dibujos de Montenegro merecen interpretaciones más atinadas y cabales. A mí, por ahora, sólo me importa decir lo que dejo escrito.

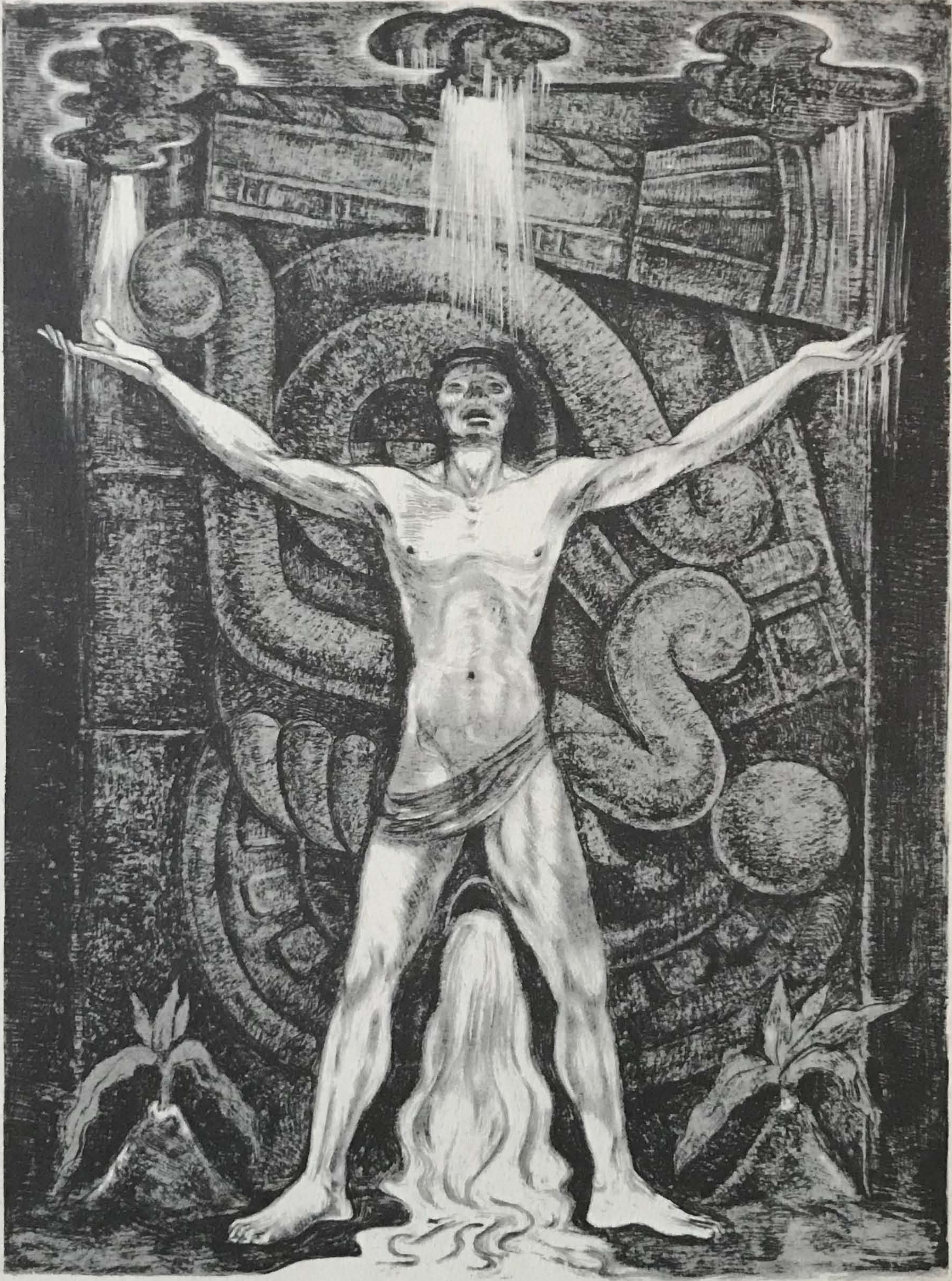
ALFONSO REYES

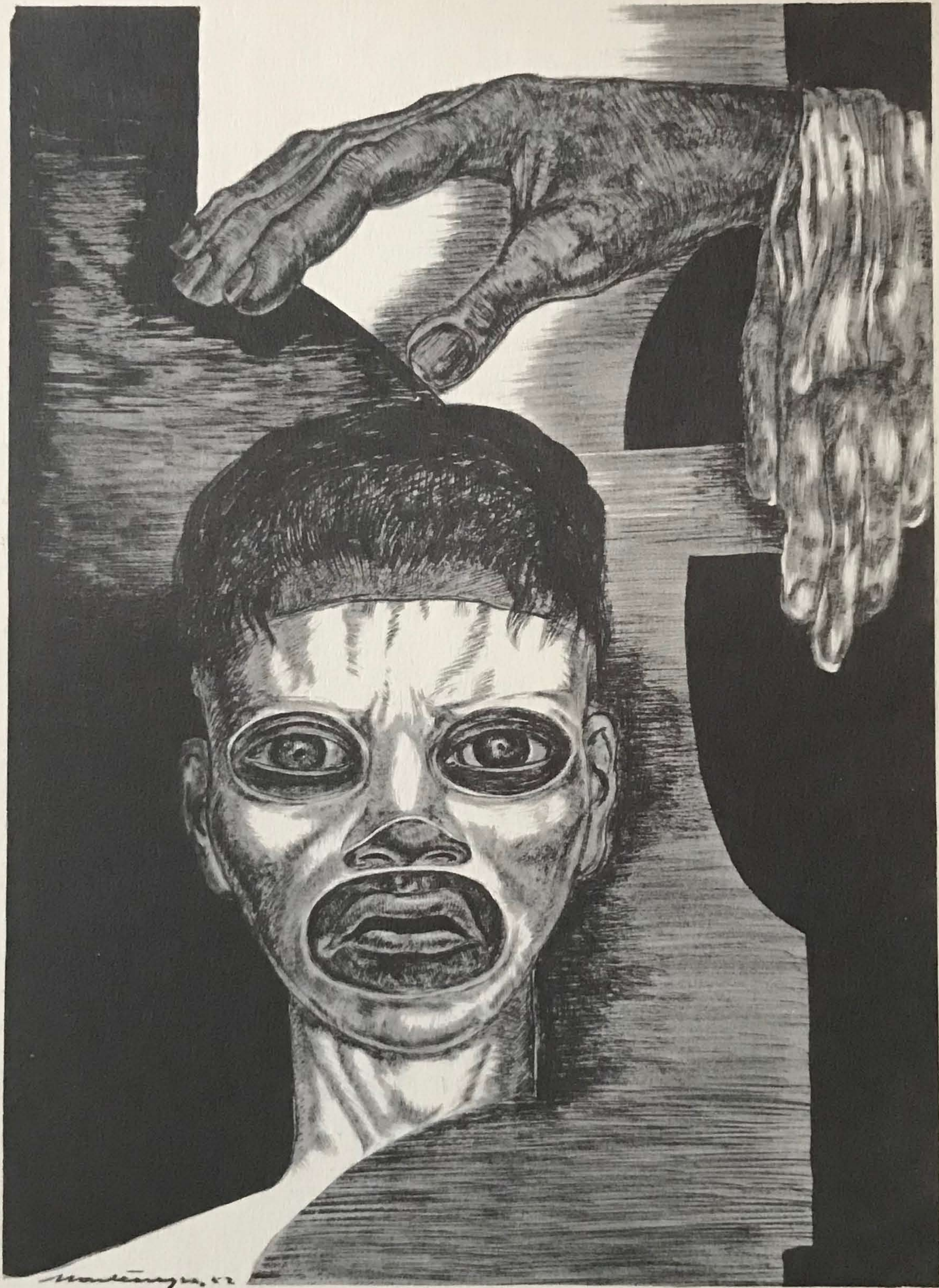
1. Arbol sin raíces
2. Justicia
3. Tláloc
4. Xipe
5. Bracero
6. A la escuela
7. Ofrenda
8. El niño cantor
9. Dolor
10. Tehuana
11. La víspera
12. Paisaje
13. Así es
14. Los dos amores
15. Cállate
16. Mal camino
17. Circo
18. Con ton y son
19. Caminando
20. Sub-consciente



Montague  
52

















Montenegro 12





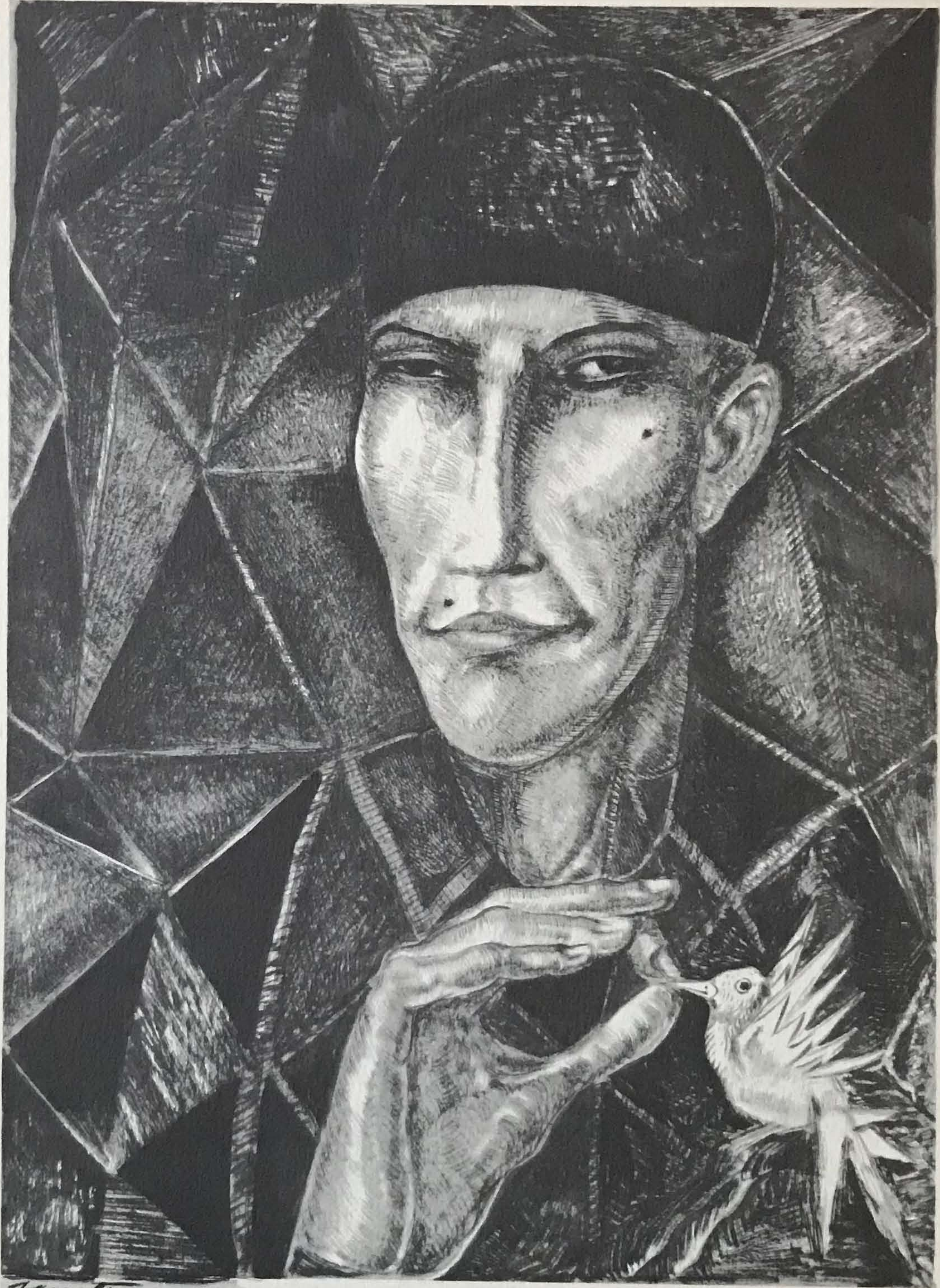








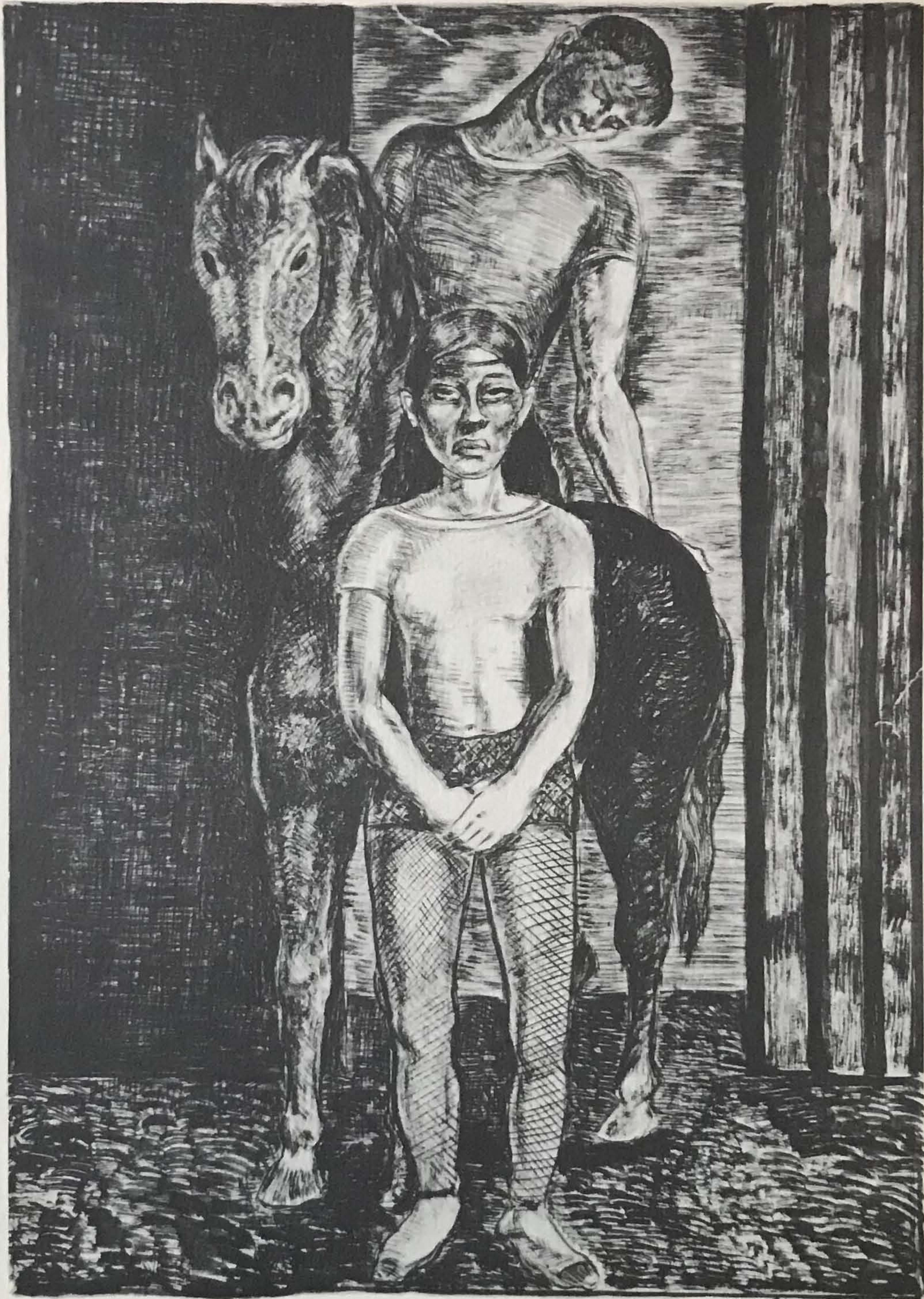




Montenegro 52



58. *Woman carrying*



1912 Montenegro



Martín Gaitanero 12

